

Francisco Aguayo Fuenzalida

Psicólogo, Investigador del Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación (CIDE)

Miembro del Consejo Asesor del CIS

faguayo@puc.cl

VOLUNTARIADO Y TRANSFORMACIÓN SOCIAL

Voluntariado Social

El voluntariado como fenómeno social emergente está recibiendo en Chile mayor atención por parte de todos los sectores. Sus diversos aportes en bienes y servicios para la satisfacción de necesidades humanas son especialmente relevantes para los sectores más pobres y excluidos. Pensamos que las teorías y dispositivos de la Psicología Comunitaria pueden hacer un aporte a los debates y acciones del voluntariado. En este artículo presentaremos una reflexión sobre el voluntariado entendiéndolo como una práctica de intervención social o psicosocial, donde se articulan relaciones sociales entre voluntarias/os y una comunidad.

El voluntariado moderno se ha ido constituyendo con influencias de diversas disciplinas y tradiciones. Sus componentes básicos proceden de una triple matriz cultural: la ciudadanía, la participación y la solidaridad (García, 1998). El voluntariado social promueve los sentimientos de colaboración y cooperación, produciendo importantes resultados económicos en programas sociales (Kliksberg, 1999), y ofreciendo sentido a personas de diversas edades y contextos. En muchos países los voluntarios conforman un porcentaje considerable de la fuerza de trabajo del sector social (op. cit).

El término “**voluntariado**” refiere a acciones libremente comprometidas, a relaciones de ayuda autónomamente organizadas sin la búsqueda de beneficios económicos para el/la voluntario/a. Se trata de prácticas sociales que buscan un mayor bienestar para personas y comunidades con la satisfacción de algunas de sus necesidades económicas o psicosociales. El voluntariado es posible gracias a relaciones de confianza y de cohesión social, y a fenó-

menos humanos como la solidaridad y el altruismo social (Rojas, 2002).

Las **organizaciones de voluntariado** son “un tipo de organización social orientada a encausar recursos privados (tiempo, conocimientos e infraestructura) para convertirlo en acciones hacia terceros, o al menos que tengan un beneficio más allá de los participantes. Éstas deben realizarse de manera libre, basadas en la solidaridad, generando un principio de reciprocidad. Como organización debe tener un carácter sostenido a través del tiempo y constituye un paso desde “lo privado” hacia “lo público” (Rojas, 2002: 41).

Se han descrito (Rojas, 2002) algunos principios básicos del voluntariado: **retribución**, donde se plantea que el altruismo puro no existe y que el/la voluntario/a sí recibe algún tipo de beneficio por su actividad; **libre voluntad**, en que no podría obligarse a alguien a realizar estas actividades; **naturaleza del beneficio**, donde se distingue claramente a unos terceros destinatarios; **carácter organizacional**, en que unos plantean que necesariamente el voluntariado debe hacerse desde una pertenencia a una institución, mientras otros flexibilizan esta definición; y **compromiso** en el tiempo. Todas estas definiciones tiene cierta flexibilidad, y en última instancia nos parece que la calificación de un voluntariado estará dada por la ausencia de un salario como retribución por la actividad junto con el sentido subjetivo que el/la voluntario/a le dé a sus prácticas.

En las acciones de voluntariado se producen múltiples relaciones y redes entre voluntarios/as y una comunidad. Por **comunidad** vamos a entender, siguiendo a Maritza Montero, a todo “grupo social dinámico, histórico y cul-

turalmente constituido y desarrollado, preexistente a la presencia de los investigadores o de los interventores sociales, que comparte intereses, objetivos, necesidades y problemas, en un espacio y un tiempo determinados y que genera colectivamente una identidad, así como formas organizativas, desarrollando y empleando recursos para lograr sus fines” (1998: 212). De esta definición se deduce que el voluntariado permite encuentros y diálogos entre grupos con identidades sociales diversas. Otros autores eliminan de la definición de comunidad la idea de territorialidad, como Krause (2001) quien señala que lo distintivo de la noción de comunidad está dado por un sentido subjetivo. Así, según esta autora, sus tres componentes son: el sentido de pertenencia, la interrelación de los participantes y una cultura común o red de significados compartidos.

Como ha señalado Rojas (2002) las organizaciones de voluntariado, por el hecho de ser sistemas sociales, tienen objetivos, programas y una orientación política. El voluntariado descubre y pretende cambiar problemas y situaciones sociales. Para ello comunican y denuncian, y desarrollan acciones para el cambio social. Otro de sus objetivos consiste en intermediar las acciones de las instituciones públicas y la sociedad civil, permitiendo en ocasiones que se cumplan algunos de los principios de las políticas sociales tales como la focalización en los más pobres, la subsidiariedad y participación, respeto a la diversidad, concertación de sectores, y descentralización en la comunidad (Arriagada, 2001; Kaluf y Maurás, 1998). Por último, el voluntariado busca el acceso a determinados bienes y servicios, permitiendo así la satisfacción de algunas necesidades de sus destinatarios.

En el cumplimiento de sus objetivos el voluntariado puede incidir en las políticas públicas y en el desarrollo social. Aunque en esta ocasión no nos referiremos a las políticas sociales, coincidimos con otros autores que señalan que los jóvenes debieran ser tanto destinatarios como protagonistas en el diseño y aplicación de medidas y políticas de fomento del voluntariado. “La participación juvenil en gran escala podría hacerse presente en los programas de combate a la pobreza, las campañas de alfabetización, la construcción de infraestructura comunitaria, la animación cultural o la defensa del medio ambiente” (CELADE y OIJ, 2000: 24).

Investigaciones sugieren que la promoción de acciones solidarias en edades tempranas aumenta la probabilidad de un compromiso social en el futuro, que el cultivo de los valores y sentidos que el voluntariado propicia influye en los compromisos cívicos en edades adultas. Se ha encontrado correlaciones entre la participación en voluntariado en la juventud y el compromiso social en años posteriores, en la formación de lo que se ha llamado

una “identidad cívica” (Kliksberg, 1999). Otros estudios muestran que las personas que participan en organizaciones de voluntariado tienen diversas **motivaciones** para hacerlo, y pareciera que éstas se van modificando con el tiempo. Se ha encontrado que con mayor frecuencia las motivaciones para realizar voluntariado son heterocentradas, es decir altruistas o centradas en los demás. Sin embargo, en un estudio en España cuando se preguntó a quienes llevaban más de un año y medio en una organización de este tipo sobre razones de su permanencia, éstas fueron principalmente autocentradas: conocimiento, desarrollo personal y relaciones sociales (Chacón y Vecina, 1999). Podríamos pensar que las motivaciones altruistas puras no existen y que las/os voluntarias/os reciben importantes beneficios psicosociales por su participación, los cuales van siendo más valorados a mayor permanencia en actividades de voluntariado.

Los tipos de voluntariado en Chile son diversos. A partir de la encuesta mundial de valores Zulueta (2003) estima que al año 2000 un 42% de los mayores de 18 años realiza algún tipo de voluntariado. El autor señala que las organizaciones chilenas que concentran el mayor número de voluntarios son: Iglesia y religión (24%), Deporte y recreación (17,4%), Educación, arte y cultura (10,2%), Bienestar social (8,5%), Grupos de mujeres (6,6%), Trabajo con jóvenes (5,9%), Pobreza y empleo (5,3%), Salud (4,2%), Sindicatos (3,4%), Asociaciones Profesionales (3,4%), Paz, Ecología y Derechos de los Animales (2,9%), Partidos Políticos (2,6%), y Derechos Humanos (2,3%). En cuanto a la distribución de voluntarios por género al 2000 un 51,2% serían mujeres y un 48,8% hombres.

El Voluntariado como Intervención Psicosocial

Desde el nacimiento de la Psicología Social Comunitaria en los sesentas, fue definida como una disciplina para la transformación social de la realidad. Esta transformación postulaba al menos cuatro ámbitos para el cambio social: transformación de realidades específicas; de los actores sociales en esas realidades, de los promotores del cambio –los voluntarios por ejemplo-; y de la relación entre los agentes externos y los actores de la comunidad (Montero, 1999). El surgimiento de esta disciplina está unido a un compromiso con los sectores más afectados por las desigualdades sociales y con la solución de sus problemas (Sánchez, Wiesenfeld y López, 1998).

¿Qué puede aportar la Psicología Comunitaria a la reflexión sobre el voluntariado social? Pensamos que una parte importante de las acciones de las organizaciones de voluntariado pueden ser consideradas como intervenciones comunitarias o psicosociales. De este modo el acumulado teórico y de dispositivos de intervención de la Psicología Comunitaria ha servido y nutre al debate y las

prácticas sobre el voluntariado social.

Alfaro (1993) ha señalado que la Psicología Comunitaria como enfoque tiene cuatro elementos esenciales, que pensamos son aplicables al voluntariado social:

1) Adopción de una perspectiva ecológica: donde los fenómenos sociales son comprendidos considerando variables económicas, históricas, jurídicas, políticas, culturales, etc. a nivel micro y macrogrupal, y que ocurren en relaciones sociales.

2) El cambio se busca producir en los sistemas sociales: las transformaciones se intencionan en las instituciones sociales que influyen en la vida de las personas.

3) Se hace énfasis en la promoción y en la prevención: antes el foco se ponía en la enfermedad y la carencia, hoy se destacan las habilidades, las competencias, el potencial y los recursos.

4) Se incorpora a la comunidad: los destinatarios ahora son considerados objetos y sujetos de la transformación social.

Los procesos de transformación y cambio social pueden tener impacto a escala microsocial o macrosocial (Montenegro, 2002). Esta última dice relación con el diseño de programas y políticas sociales para superar la pobreza y lograr mayor equidad en todos los niveles y sistemas sociales. Pensamos que el voluntariado desarrolla fundamentalmente intervenciones en escala microsocial o comunitaria. Aunque distingamos estos niveles de intervención, es importante que las acciones de voluntariado tengan repercusiones políticas, a nivel macrosocial. Para algunos autores el trabajo comunitario verdadero es aquel que tiene dichas repercusiones a partir de la problematización de la realidad inmediata (Cerillo y Wiesenfeld, 2001).

Con las intervenciones sociales que realizan las organizaciones de voluntariado se busca transformar un estado de cosas a través de un equipo de personas en una situación considerada como problemática. El supuesto básico es que las acciones realizadas ayudarán a la solución de la situación logrando mejor calidad de vida para los beneficiarios (Montenegro, 2002).

Consideramos que en las prácticas de voluntariado ocurren innumerables **encuentros** entre personas y grupos. Nos interesan estos encuentros porque creemos que son un espacio o un territorio donde se juegan las identidades las personas (Connell, 2002), los discursos sociales y, por tanto, las posibilidades de transformación social. Piénsese por ejemplo en las identidades de género, de

clase, étnicas, etáreas, geográficas, barriales, etc.

Los puntos que señalaremos a continuación sintetizan algunas reflexiones a partir de diferentes tradiciones de la Psicología Comunitaria sobre como el voluntariado puede lograr **transformaciones sociales**.

1. El Voluntariado como Concientización

El voluntariado se desarrolla en un contexto mundial, regional y nacional de agudas desigualdades sociales (Kliksberg, 2002). En Latinoamérica los pobres suman 211 millones en 1999 (Arriagada, 2001). En Chile, según el enfoque de la línea de la pobreza que refiere fundamentalmente a necesidades alimentarias, ésta alcanza el año 2000 al 20,6% de la población (MIDEPLAN, CASEN 2000). En este contexto tan crudo, toda acción de transformación social hecha desde el voluntariado tiene un carácter político, es decir es inseparable de sus efectos, de su dimensión ética, de las relaciones de poder y de la realidad sociocultural e histórica que la rodea (Cabruja, Iñiguez, y Vásquez, 2000; Martín-Baró, 1998).

Pensamos en primer lugar que el voluntariado debiera ser una práctica de concientización, tanto para la comunidad como para las/os mismas/os voluntarias/os. En Latinoamérica tenemos una rica e importante (Parker, 2002) tradición de movimientos que han buscado la concientización y la liberación de algunos grupos que sufren problemáticas psicosociales. Piénsese por ejemplo en Orlando Fals-Borda en Colombia, Paulo Freire en Brasil (que estuvo exiliado en Chile), Ignacio Martín-Baró en el Salvador y Maritza Montero en Venezuela (Cerillo y Wiesenfeld, 2001; Freire, 1997; Furtado, 2000; Martín-Baró, 1998; Montero, 1992, 2003; Rubilar, 1998). Pensamos, desde esta tradición, que en el diálogo de experiencias, saberes y conocimientos de los voluntarios y la comunidad se pueden elaborar nuevas formas de comprensión de los problemas y procesos de participación en las soluciones que se intenten. Teniendo como base las necesidades y recursos sentidos y reconocidos por la comunidad se puede lograr una comprensión crítica de su realidad ligando los problemas con otros fenómenos –como la pobreza, el tráfico de drogas o la violencia- que ocurren a nivel local, nacional, regional o mundial (Cerillo y Wiesenfeld, 2001).

Para Martín-Baró la **concientización** tiene tres características esenciales. Por una parte se trata de un proceso, “personal y comunitario del hombre [y la mujer] frente a la realidad histórica en sus dimensiones esenciales” (1998: 138). Por otra, se trata de un proceso psicológico, actualizado y sufrido por las personas donde se va forjando una nueva conciencia de la propia realidad. Finalmente, es un proceso colectivo, social, grupal o comunitario. Para Fals-Borda y Freire la verdadera concientización es aquella que

produce acción política, que transforma la realidad inmediata y aporta también a la transformación social (Cerillo y Wiesenfeld, 2001).

Refiriéndose al **voluntariado que realizan los/as universitarios/as** Martín-Baró (1998) sugiere que esas prácticas producirán una influencia cuestionadora sobre el resto de su quehacer académico. Ocurre de este modo un proceso concientizador en el/la estudiante que impacta en su visión de la profesión y de la sociedad. También este autor plantea que las universidades muchas veces no promueven proceso de concientización alguno, incluso fomentan el proceso opuesto de invisibilización de los problemas sociales con una visión de que la profesión sólo tiene un sentido de lucro personal y ningún sentido, proyecto o responsabilidad social.

En el contexto de nuestra región y de nuestro país el voluntariado puede realizar una labor de reconocimiento, denuncia y transformación de problemas sociales graves que afectan a un número importante de la población. La labor de concientización y los cambios sociales que desde el voluntariado social puede intencionarse se desplegarán en la escala microsocial (Montenegro, 2002) fundamentalmente, donde tanto la comunidad como las/os voluntarias/os serán actores de las acciones transformadoras. Ahora bien, estos cambios –cuando se ha realizado un verdadero proceso de concientización- tendrán impacto en otras escalas como la opinión pública, el gobierno y las políticas sociales, el empresariado, etc.

2. Hacia un vocabulario y un diálogo transformador de las identidades negativas asociadas a las desigualdades sociales

Para algunos autores la **modificación de discursos trae modificación de realidades**, y se ha desarrollado modelos de acción en esta dirección (Gergen, 2000; Montero, 1999). Para la psicología social crítica, la noción de narrativa es fundamental. El mundo social es considerado como una construcción a partir de significados, los cuales provienen u ocurren en las relaciones sociales. El mundo entendido de este modo está atravesado por narrativas y narraciones, y ellas constituyen –precisamente- al mundo. Las narraciones nos muestran cómo es el orden social, y al mismo tiempo nos abren posibilidades para su transformación (Cabruja, Iñiguez, y Vásquez, 2000).

Para Gergen (1996) las autonarraciones en la vida social son los relatos que todos hacemos sobre nosotros mismos, los discursos que tenemos sobre el propio yo. Representan lenguajes disponibles en la esfera pública que se manifiestan en relaciones y prácticas sociales diferentes. Este autor dirá que “las vidas son acontecimientos narrativos” (Gergen, 1996: 232). Las autonarraciones

pueden construirse y reconstruirse, es decir pueden modificarse. Pueden ser transformadas en la relación comunidad–voluntarios, generando nuevas identidades futuras, nuevas realidades en torno a las desigualdades sociales y las identidades negativas a ellas asociadas (“*marginal*”, “*pobre*”, “*campesino*”, “*obrero*”, etc). La noción de identidad negativa se expresa claramente en la frase que escuché hace pocos días en un teatro antes de que comenzara la obra “Jesús Betz”, en que un adolescente popular le dijo a otra “*somos las únicas negras aquí*”, en un lugar donde la mayoría del público era de nivel socioeconómico medio-alto y alto.

Esta noción se vincula estrechamente con la tradición de Freire (1970) y de Martín-Baró (1998) del **diálogo** como medio para la concientización. Mediante el diálogo al interior del grupo se activa un proceso reflexivo en que se cuestionan las desigualdades sociales y las prácticas hasta ahora mantenidas, buscando así un movimiento de conciencia, un cambio de perspectiva. De este modo las inequidades sociales son problematizadas en el grupo a partir de la situación existencial de sus participantes (y de su lenguaje como se aprecia en el método de alfabetización de Freire (1970)), buscando las maneras de transformar la realidad (Alfaro, 2000). Se produce de este modo un cambio de conciencia en los participantes, nuevas narraciones, nuevos significados y nuevas prácticas, en consecuencia. Los cambios subjetivos que una intervención desde el voluntariado puede lograr son muy importante para el logro de identidades no excluidas, como puede verse en esta cita de Freire “*Mañana, dijo cierta vez un barredor de las calles de la Municipalidad de Brasilia, al discutirse el concepto de cultura, voy a entrar a mi trabajo con la cabeza en alto*” (1970: 99).

Gergen (2000) sugiere la práctica de un **diálogo transformador**, que consiste en cualquier tipo de intercambio que logra transformar relaciones entre personas. En este caso desde el voluntariado se pueden construir diálogos transformadores que permitan modificar las desigualdades sociales como las relaciones de género, entre hombres y mujeres, las relaciones entre pobres y ricos, entre adultos y niños, entre profesionales y no profesionales, etc. transformando identidades negativas y desarrollando prácticas que permitan el logro de mayor bienestar, rompiendo los circuitos que hacen perdurar algunos problemas psicosociales. Para esto se requiere problematizar un sinnúmero de términos que se usan cotidianamente tales como “*los hombres no lloran*”, “*si le pegó... por algo será*”, “*a ella le corresponde criar a los hijos*”, “*los pobres son flojos*”, “*los pobres son delincuentes*”, “*si tiene poca escolaridad entonces no sabe*”, “*los niños no opinan*”, etc. Todas ellas categorías que van determinando nuestras relaciones, nuestros modos de dialogar entre personas, nuestras emociones (como sentir temor cuando se camina por

un campamento), y nuestros cuerpos (todas las descalificaciones no verbales y las violencias explícitas e implícitas entre ricos y pobres, hombres y mujeres, adultos y niños).

Para poder construir un vocabulario transformador de estas realidades se requieren ciertas actitudes básicas -en las que los voluntarios se puede entrenar- como: **a)** no culpabilizar a las personas diversas a uno, sino más bien pensar en lógica de responsabilidades compartidas; **b)** respetar sinceramente las opiniones, creencias, experiencia, ideología, visiones y puntos de vista de los demás; **c)** posibilitar “momentos imaginarios” en que se desarrollen nuevas visiones de la realidad (nuevas historias, como dice Dabas) dando paso a relaciones de cooperación (Gergen, 2000).

¿Qué implicaciones tiene para el voluntariado social la comprensión de la transformación social como un hecho posible cuando se transforman los discursos? ¿Cómo se promueven transformaciones sociales en la cotidianidad del voluntariado? En primer lugar se requiere una mirada crítica de la realidad, como desarrollamos en el punto uno. En segundo lugar se requiere realizar adecuados diagnósticos con la comunidad, de sus necesidades más sentidas y urgentes. En tercer lugar se precisa de un enfoque como el propuesto aquí en que se considere que la realidad tiene relación con el modo en que es narrada por sus protagonistas, y se considere las dimensiones subjetivas que acompañan a problemas sociales estructurales. En el campo de las subjetividades, de las identidades negativas, estigmatizadas y desesperanzadas el voluntariado encuentra un campo fecundo de acción, a través de los diálogos y encuentros con la comunidad. Cuando al término de la construcción de una mediagua la pareja que vivirá en ella dice *“ahora nos valoramos más”* ha ocurrido un fenómeno de transformación que no está dado sólo por el hecho de tener una vivienda más digna -aunque sea de emergencia- sino también por las relaciones que se “construyeron” (para usar el mismo verbo como metáfora) mientras duró la obra.

3. Voluntariado y redefinición de relaciones sociales

Para que el voluntariado en cualquiera de sus formas produzca las acciones transformadoras que mencionamos anteriormente se requiere reflexionar sobre la relación entre los voluntarios/as y la comunidad. En esas relaciones las fuerzas socioculturales presionarán para reproducir los prejuicios y construcción de identidades entre hombres y mujeres, entre ricos y pobres, entre universitarios y los que no lo son, etc.

Para lograr superar esas fuerzas de la cultura se requiere en primer lugar tener una mínima conciencia de los mecanismos estructurales de la pobreza y las inequidades sociales (como las de género), y de la arquitectura de las creencias y significados que permiten las descalificaciones y exclusiones entre grupos diversos y la construcción de estigmas e identidades negativas (Rozas, 1998). Se requiere un mínimo de conocimientos acerca de las dimensiones objetivas y subjetivas de los problemas sociales, y de su magnitud en el país y en la región. En segundo lugar se requiere esfuerzos de parte de los voluntarios/as por tener las actitudes mencionadas más arriba: no culpabilizar, respetar al otro/a, posibilitar “momentos imaginarios” donde diseñen y proyecten los cambios y la transformación social (Gergen, y Warhus, 2003).

En tercer lugar es importante “explorar todas las voces y perspectivas” (Dabas, 1998) al interior de la comunidad. ¿Cómo significan las mujeres su situación? ¿Cómo la comprenden los hombres? ¿Cómo la viven los niños? ¿Las/os jóvenes? ¿Los dirigentes comunitarios?, etc. Solamente después de explorar todas las voces, de todos los grupos de una comunidad, es posible construir nuevas historias, nuevas realidades.

En cuarto lugar para lograr una efectiva transformación de realidades sociales se precisa que las intervenciones sociales hechas por las organizaciones de voluntariado sean participativas (Montenegro, 2002) donde el grupo afectado por algún problema social sea considerado protagonista de dicha transformación y de la búsqueda de soluciones.

Finalmente, se requiere pasar de la creencia de ser experto, de tener las estrategias que al otro lo sacarán de sus problemas, a la colaboración y cooperación. Pareciera que a los voluntarios con formación universitaria estas actitudes les resultan difíciles de lograr. En nuestras universidades encontramos una formación fundamentalmente teórica y poco comprometida con los problemas sociales del país (Martín-Baró, 1998). Y encontramos también cierto aire de superioridad, de “saberlo todo” que va modelando el modo en que los profesionales se relacionan con los no profesionales. ¿Cómo se tiene un lenguaje colaborativo? Se requiere aceptar que uno no podrá comprender completamente al otro/a, por lo que precisará que el otro/a le informe y enseñe. Todo esto no desmerece la entrega de bienes y servicios y de apoyo social que los voluntarios/as entregan efectivamente (Gergen, y Warhus, 2003). Como le dijo Elza (su primera esposa) a Paulo Freire “ellos te entendieron a ti pero necesitaban que tú los entendieras a ellos” (2002: 25).

Bibliografía

- Alfaro, J. (1993). Elementos para una definición de la Psicología Comunitaria. En Olave y L. Zambrano (Eds.). Psicología Comunitaria y Salud Mental en Chile (pp. 14-31). Santiago de Chile: Universidad Diego Portales.
- Alfaro (2000) Discusiones en Psicología Comunitaria. Ril Editores: Santiago de Chile
- Arriagada, I. (2001) Familias latinoamericanas. Diagnóstico y políticas públicas en los inicios del nuevo siglo. Santiago: CEPAL.
- Cabruja, T., Iñiguez, L. y Vásquez, F. (2000) Cómo Construimos el Mundo: Relativismo, Espacios de Relación y Narratividad. Análisis 25. 61-94
Disponible en línea:
<http://www.bib.uab.es/pub/analisi/02112175n25p61.pdf>
- CELADE y OIJ (2000) Adolescencia y juventud en América Latina y el Caribe: problemas, oportunidades y desafíos en el comienzo de un nuevo siglo. Santiago de Chile: CEPAL, Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía y División de Población y Organización Iberoamericana de Juventud.
Disponible en línea:
<http://www.cepal.cl/publicaciones/poblacion/5/lcl1445/lcl1445e.pdf>
- Cerillo, R. y Wiesenfeld, E. (2001) La Concientización en el Trabajo Psicosocial Comunitario desde la Perspectiva de sus Actores. Revista de Psicología de la Universidad de Chile. Vol. X. n° 2. 11-26
- Chacón, F. y Vecina, M:L. (1999) Motivaciones del Voluntariado que Trabaja con Enfermos de SIDA o Cáncer. Revista PSYKHE. Vol.8, N° 1, 9-17. Escuela de Psicología Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Connell, R. (2002) Adolescencia en la Construcción de Masculinidades Contemporáneas. Conferencia Regional "Varones Adolescentes: Construcción de Identidades de Género en América Latina" FLACSO-Chile (versión preliminar)
- Dabas, E. (1998) Red de Redes. Las Prácticas de Intervención en Redes Sociales. Argentina: Paidós.
- Enríquez, R. (2000) Dinámica de las Redes Sociales y de Apoyo Emocional en Hogares Pobres Urbanos: El caso de México.
Disponible en línea: <http://136.142.158.105/Lasa2000/EnriquezRosas.PDF>
- Freire, P. (1970) La Educación como Práctica de la Libertad. Santiago de Chile: ICIRA
- Freire, P. (1997) Pedagogía del Oprimido. México: Siglo Veintiuno.
- Freire, P. (2002) Pedagogía de la Esperanza. Argentina: Siglo Veintiuno.
- García, J. (1998) Recursos Humanos y Voluntariado Social. En Martín, A. (Ed.) Psicología Comunitaria: Fundamentos y aplicaciones. Madrid: Síntesis.
- Gergen, K. (1996) Realidades y Relaciones. España: Paidós
- Gergen, K. (2000) Hacia un Vocabulario para el Diálogo Transformador. En Fried Schnitman, D.(comp) Nuevos Paradigmas en la Resolución de Conflictos. Argentina. Granica.
- Gergen, K. Y Warhus, L. (2003) La Terapia como una Construcción Social. Dimensiones, Deliberaciones y Divergencias.
Disponible en línea:
<http://www.swarthmore.edu/SocSci/kggergen1/web/printerfriendly.phtml?id=manu18>
- Kaluf, C. y Maurás, M. (1998) Regreso a Casa. La Familia y las Políticas Públicas. Colombia: UNICEF.
- Kliksberg, B. (1999) Capital social y cultura, Claves Esenciales del Desarrollo. Revista de la CEPAL 69.
- Kliksberg, B. (2002) La discriminación de la mujer en el mundo globalizado y en América Latina. Un tema crucial para las políticas públicas. Revista Instituciones y Desarrollo N° 12-13 págs. 61-90. España.
Disponible en línea: <http://www.iigov.org/revista/12/re04.pdf>
- Krause, M. (2001) Hacia una Redefinición del Concepto de Comunidad. Revista de Psicología de la Universidad de Chile. Vol. X. n° 2. 11-26
- Martín-Baró, I. (1998) Psicología de la Liberación. España: Trotta.
- Montenegro, M. (2002) El Cambio Social Posible: Reflexiones en Torno a la Intervención Social. En ARCIS. Políticas Sujetos y Resistencias. Debates y Críticas de Psicología Social. Cuadernos de Psicología Social N°1. Santiago de Chile: Universidad ARCIS.
- Montero, M. (1992) Psicología de la Liberación. Propuesta para una Teoría Psicosociológica. En Riquelme, H. (ed) Otras Realidades, Otras Vías de Acceso. Psicología y Psiquiatría Transcultural en América Latina. Venezuela: Nueva Sociedad. Pp 133 a 149
- Montero, M (1998) La Comunidad como Objetivo y Sujeto de la Acción Social. En Martín, A. (Ed.) Psicología Comunitaria: Fundamentos y aplicaciones. Madrid: Síntesis.
- Montero, M. (1999) De la Realidad, la Verdad y otras Ilusiones Concretas: Para una Epistemología de la Psicología Social Comunitaria. Revista PSYKHE. Vol.8, N° 1, 9-17. Escuela de Psicología Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Montero, M. (2003) Teoría y Práctica de la Psicología Comunitaria. Argentina: Paidós.
- Parker, I. (2002) Psicología Crítica: Conexiones Críticas. En ARCIS. Políticas Sujetos y Resistencias. Debates y Críticas de Psicología Social. Cuadernos de Psicología Social N°1. Santiago de Chile: Universidad ARCIS.
- Rojas, G. (2002) Organizaciones de Voluntariado y Teoría de sistemas. Colección de Ciencias Sociales. Santiago: Universidad de Chile. Disponible en línea:
http://rehue.csociales.uchile.cl/procoop/docs/org_volunta.pdf
- Rozas, G. (1998) Psicología Comunitaria y Calidad de Vida. Revista de Psicología de la Universidad de Chile. Vol VII. 81-87
- Rubilar, L. (1998) Ignacio Martín-Baró: Figura Emblemática de la Psicología Social Latinoamericana. Revista de Psicología de la Universidad de Chile. Vol VII. 81-87
- Sánchez, E., Wiesenfeld, E. y López, R. (1998) Trayectoria y Perspectiva de la Psicología Social Comunitaria en América Latina. En Martín, A. (Ed.) Psicología Comunitaria: Fundamentos y aplicaciones. Madrid: Síntesis.
- Zulueta, S (2003). La Evolución del Voluntariado entre 1990 y 2000. Revista Centro de Investigación Social. Número 2. Santiago de Chile: CIS
Disponible en línea:
http://untechoparachile.cbs.cl/cis/revista/2/evolucion_voluntariado.pdf